

MEDITACION SOBRE LAS BIENAVENTURANZAS

Peter Hans Kolvenbach

Homilía pronunciada en la Basílica de San Pedro por el recién elegido Prepósito General de los Jesuitas ante los participantes de la Congregación General XXXIII



En esta Eucaristía, que la Congregación General celebra por la reconciliación de todos los hombres en Cristo, el Señor pronuncia sobre nosotros las Bienaventuranzas. Como si ellas solas expresaran el sentido de todo lo que Jesús hizo y dijo, las Bienaventuranzas son el único discurso del Señor que San Ignacio hace meditar y contemplar entre los misterios de la vida del Señor (EE.EE. 278). Retomando esta tradición ignaciana, la última Congregación General invitaba a la Compañía a hacer que el Espíritu de las Bienaventuranzas rijá todo el servicio de la fe y toda la promoción de la justicia (C.G. 32, D. 4º, n. 33). A la luz de los Ejercicios Espirituales, queremos por unos instantes hacer de las Bienaventuranzas oración.

Para que esta oración sobre las Bienaventuranzas sea verdadera, debe fundarse sobre una comunión de vida y de muerte, a ejemplo del Señor, con los pobres y con los que lloran, con las víctimas de la injusticia y con los que tienen hambre. Quien convierte las Bienaventuranzas en oración, no se queda ya como un simple observador de esa humanidad sufriente. No sólo se hace parte de ella, sino que se descubre responsable de lo que le suceda. A través de todas sus connivencias pecaminosas -de pensamiento, de acción, y, sobre todo, de omisión- él forma parte de una humanidad que, según las palabras más que actuales de los Ejercicios, se conduce sobre la tierra como un cie-

go, y al final, muere para descender al infierno, que el odio del hombre ha creado (EE.EE., 106).

La última Congregación General ha resumido con estilo lapidario esta responsabilidad de todos nosotros: "el hombre puede hoy día hacer el mundo más justo, pero no lo quiere de verdad" (C.G. 32, D. 4 n. 27). Y el P. Arrupe añadía: "las desigualdades y las injusticias no pueden seguir siendo consideradas como una fatalidad natural; ellas son el resultado de nuestro egoísmo" (**La esperanza no defrauda.** Cf. Documentación n. 38). Únicamente confesándonos y confesando nuestra culpa de haber pervertido las Bienaventuranzas para la Vida, escritas en el corazón de cada hombre, en una maldición de muerte, las Bienaventuranzas se encarnarán en nosotros para la reconciliación de todos los hombres.

Esta comunión real con la verdadera historia de los hombres despierta nuestra esperanza de poder "salvar las almas", descubriendo en ellas el verdadero rostro de Dios, el Cristo clavado en la cruz. Esta epifanía del Señor, benigno y artífice de paz, pobre hasta el extremo y misericordioso hasta el infinito, perseguido y crucificado, nos revela hasta qué profundidad Dios permanece fiel a sus Bienaventuranzas de amor y hasta qué horrores el hombre fomenta la maldición del odio. "Y así viéndolo tal, y así colgado en la cruz, discurrir por lo que se ofreciere" (EE.EE., 53). En el fondo de toda miseria e injusticia está siempre este rostro sangrante del Crucificado, pero -misterio de nuestra fe- está también y siempre, por la encarnación de las Bienaventuranzas, el germen de la reconciliación: "Cuando sea levantado sobre la tierra, atraeré a todos hacia mí" (Jn 12, 32).

Esta es la llamada del Rey eternal, nuestra única Bienaventuranza (EE.EE. 91). El Señor ha querido tener necesidad de nosotros para reconciliar a los hombres en su Nombre. Los Ejercicios, al proponer, para seguir al Maestro (EE.EE., 98), la más grande pobreza del discípulo, no imponen ningún modelo fijo ni excluyen ninguna condición de vida o de trabajo de la posibilidad de ser verdaderamente pobre, artífice de la paz, perseguido por la justicia del Reino. El Rey eternal nos confía hoy la

custodia de las Bienaventuranzas, el ministerio de la reconciliación (2 Cor. 5, 18), para transfigurar las maldiciones del primer hombre en ciudad de Dios reconciliada con los hombres, que vive del don y del perdón. Solamente en la medida en que nosotros vivamos esta consagración al Reino en una comunión por los pobres y con los pobres contra toda pobreza humana, material y espiritual, al pobre se le abre el camino del Reino. De ninguna manera los pobres son dichosos de ser miserables, ni tampoco los perseguidos son dichosos de estar oprimidos. Las Bienaventuranzas no nos autorizan a canonizar la desgracia ni a resignarnos a la miseria humana. Las Bienaventuranzas no podrán ser anunciadas ni entendidas, y hoy menos que nunca, como algo que está en favor de la reconciliación de los hombres, si ellas no se encarnan, a ejemplo del Señor, en la vida concreta y en la acción de todos los días al servicio de los hombres, sus hermanos, donde se desenvuelve su vida y su muerte, su esperanza y su porvenir, "pacificando con la sangre de su Cruz" (Col 1, 20).

Esta Eucaristía es pues una elección de amor en el sentido ignaciano: unirse a la cena del Señor (1 Cor 11,20), de donde hoy nadie sale con hambre, porque recibe el Pan de Vida (Jn 6), como el pan de que tenemos necesidad cada día (Lc 11, 3). Participando en esta Eucaristía nos consagramos al misterio pascual que viven los pobres del Señor, los artífices de paz, los misericordiosos y los mansos según su corazón, los perseguidos y oprimidos por su Nombre, hasta que El venga a reconciliar una tierra nueva y un mundo nuevo en la única Binaventuranza.

